

¡Al Norte o al Barranco!
David Stoll

Todo derecho reservado
Rowman and Littlefield

Este documento no es por distribuir
sin el consentimiento escrito del autor.
Comentarios y críticos bienvenido en
dstoll@middlebury.edu

Capítulo 4

Viaje Hipotecado

Falta recurso económico para terminar mi magisterio. Hago cualquier trabajo, no me importa que trabajo—romper piedra, talar árboles, limpiar baños. No me importa que trabajo—hago cualquier cosa para ganar bien.

—Un piloto de tuk-tuk en Nebaj, 2007.

Para muchos de nosotros que estamos involucrados en el debate de la migración a los Estados Unidos, no tiene sentido y es injusto reforzar la vigilancia en la frontera mexicana en contra de los que buscan trabajo. Si los latinoamericanos solo buscan trabajo y los empleadores quieren contratarlos, ¿por qué meterse a tanto problema para detenerlos? Arrestar, encarcelar y deportar a los migrantes es violar sus derechos humanos de cruzar fronteras, mejorar sus vidas y sostener a sus familias. Esta es la base moral para los que estamos horrorizados ante el costo humano por el control en las fronteras, y nuestro símbolo más potente es el indocumentado que cruza la frontera y muere en el desierto de Arizona. Desde que el gobierno federal comenzó a cercar las poblaciones fronterizas en 1996, ha obligado a los no autorizados a realizar mayores recorridos a través de los desiertos, por lo que mueren hasta quinientos al año—y estos son solo los cadáveres recuperados.

En Nebaj, siempre que preguntaba si habían muerto migrantes camino al norte, todo lo que oía era acerca de migrantes que murieron después de haber llegado. Ellos murieron no por el control en las fronteras, sino por su destino, especialmente la Florida. Mi lista incluye seis nebjenses que murieron en accidentes de tránsito provocados por alguien más. Un séptimo encontró su fin al manejar bajo los efectos del alcohol, un octavo murió al colapsar una construcción y a otros tres les dispararon y murieron a manos de delincuentes. También hubo uno por asfixia relacionado con el alcohol, un suicidio relacionado con el alcohol y un muerto acuchillado por conocidos nebjenses que estaban borrachos, un total de catorce muertos, ocho de ellos en el estado soleado de Florida. La mortalidad de varones guatemaltecos que se quedan en Guatemala tal vez no sea menos, pero para las familias estas son tragedias con graves consecuencias financieras. “La familia espera el

dinero y llega el cadáver”, comentó un repatriado. “Sacrificaron tanto para que el muchacho llega allá y solo muere.”

Una noche en el área metropolitana que rodea Washington, D.C., finalmente escuché acerca de un joven que murió en el desierto de Arizona. Mi amigo no estaba seguro del nombre pero creía saber dónde vivía la mamá, en un cantón de la cabecera, por lo que pude ubicarla y preguntarle qué pasó. Jacinto Ceto Raymundo tenía diecinueve años cuando se fue al norte en 2004. Él ya había pasado cuatro años trabajando en una fábrica en la ciudad de Guatemala y llegó a la conclusión de que: “No sale mucho la vida aquí, tal vez me sale mejor en los Estados Unidos.” Sus padres lo ayudaron a conseguir un préstamo. De acuerdo con el coyote, Jacinto se hallaba en uno de los dos vehículos que perseguía la patrulla fronteriza estadounidense. Durante el pánico, saltó o se cayó del vehículo en que iba y el otro vehículo lo atropelló.

Pronto oí acerca de una segunda posible muerte en el desierto. Antonio Pastor Raymundo también tenía diecinueve cuando se fue al norte en mayo de 2006. Era uno de nueve hermanos cuyos papás poseían 1.5 hectáreas de tierra. Trabajó como vendedor ambulante en el centro turístico de Antigua Guatemala y trató de vender ropa, luego helados y pan; después abrió una tienda que fracasó y dejó a su familia endeudada. “Como aquí no hay nada, me voy para ganar pisto”, le dijo a su papá, quien lo ayudó a arreglar su viaje. De acuerdo con el coyote, a Antonio se le hinchó el pie; no podía mantener el paso y dijo que descansaría en un rancho. Esa fue la última vez que se supo de él.¹

Unos pocos neabajenses se las han arreglado para obtener visas de turista que los posibilita llegar a los Estados Unidos en avión de manera legal. Un hombre compró un pasaporte en Costa Rica que le permitió volar bajo otro nombre. Otros informan que pasaron por el Río Grande, luego marcharon a través del escabroso desierto de Texas hacia un vehículo en espera. Pero entre 2007 a 2012 una gran mayoría de neabajenses han caminado a través del desierto de Sonora en Arizona. Sus coyotes los sacan del legendario pueblo de Altar de Sonora por la noche, los llevan a través del desierto por varias noches o más, luego los recogen en micros y los llevan a las casas refugio en Phoenix.

En el debate estadounidense sobre la inmigración, un argumento en contra de la siguiente inversión costosa para reforzar la frontera (más cercos, más tecnología, más centros de detención y más personal) es que nunca funciona. La gente que no puede atravesar las áreas urbanas simplemente emprende viajes más penosos y peligrosos a través del desierto. A los que agarran, normalmente vuelven a probar una segunda vez, y si es necesario una tercera, hasta que finalmente la mayoría lo logra. En 2007 los coyotes de Nebaj estaban ofreciendo hasta tres intentos por el precio de uno. Si los migrantes eran detenidos en México o en los EE.UU., al momento de quedar liberados, simplemente volvían a contactar al coyote. El coyote volvía a arreglar un segundo viaje, y si era necesario un tercero. Una gran mayoría de neabajenses parecía que lograba ingresar a los EE.UU. en su primer o segundo intento. Pero no todos. Algunos estaban tan asustados al sufrir experiencias casi de muerte o detenciones que no querían probar otra vez.

Pablo es uno de estos *fracasados* que ha regresado a esta cruel etiqueta. Es mediodía, a media semana, y se encuentra haraganeando en un sofá mientras ve a mujeres sexis jugar en una televisión de pantalla grande. En 2007 Pablo cruzó México en un microbús; los coyotes de su grupo fueron muy hábiles o al menos tenían buenos conectes porque nunca los paró la policía mexicana. Cruzaron el Río Grande, pasaron tres noches en el desierto y llegaron a McAllen, Texas cuando cayeron en las manos de la patrulla fronteriza (la migra). Pablo recuerda:

La migra nos preguntó de dónde éramos. Les dijimos que habíamos llegado por necesidad, por la pobreza, para trabajar. ‘Este no es su país’, contestaron, ‘¿por qué entran a un país que no es suyo sin ingresar por el puerto de entrada?’ Primero nos llevaron a un control fronterizo, luego a otros lugares y solo nos daban de comer una vez al día—un pan con jamón y agua. Había baños y duchas, y demasiado aire acondicionado que teníamos frío, no nos dieron chamarras. Era una cárcel sin ventanas. Nos trataban como objetos. Nos trataban como animales salvajes, peor que delincuentes. Nos estaban encadenando de manos cuando nos trasladaban al otro lugar, cuando solo llegamos para trabajar para los norteamericanos. Cruzamos la frontera solo para trabajar, no para cometer crímenes. La comida nos daba enfermedades, no hubo la comida a cual estamos acostumbrados. Era como si trataban de castigarnos para que no lo intentamos otra vez. ‘Esto es lo que consiguen por violar la ley’, nos decían los guardias cuando nos quejábamos.

Pablo tuvo otras dos oportunidades para cruzar con su coyote, pero en el segundo intento también fue capturado y deportado. El último informe es que estaba en una aldea enseñando en una escuela.

A pesar de que muchos neabajenses han sido arrestados por las autoridades de los EE.UU. y también algunos por las autoridades de México, todavía no he oído que alguien haya muerto en custodia. Si convencen a la migra que son mexicanos, simplemente los regresan a la frontera mexicana, lo que les facilita intentar cruzar por segunda vez. Si fallan en pasar como mexicanos, pasan más tiempo en custodia, hasta que puedan ser colocados en un vuelo de deportados que los lleve a todos de vuelta a su propio país. A algunos no los devuelven en el periodo predecible de pocos días a pocos meses. En tales casos, una posible razón es cuando han apelado a su derecho de asistencia legal y a una audiencia de deportación, lo cual puede añadir medio año a su condición de limbo.

Cuando los migrantes dejan de comunicarse con sus familias, esto produce una gran ansiedad. Si estoy presente, la familia me pide ayuda. Nunca conocí a Jacinta personalmente, pero tenía cuarenta años y cuatro hijos. Junto a otros neabajenses logró llegar a una casa refugio en Phoenix. Al asegurarse de que había llegado, las familias en conjunto probablemente enviaron entre \$50,000 a \$100,000 dólares a las cuentas bancarias del coyote en México. Inmediatamente después de dejar la casa refugio, la migra arrestó a todos. Sus acompañantes que admitieron ser guatemaltecos fueron deportados y pronto estaban de vuelta en Guatemala. Sus acompañantes que afirmaron ser mexicanos fueron deportados a México, y en su segundo intento lograron llegar a sus destinos en los EE.UU. Pero de Jacinta no se supo ni una palabra. Alguien la había visto llorando en el centro de detención. Más alarmante aún era que no se encontraba en la lista de detenidos del consulado guatemalteco.

La persona que me involucró en este caso fue la cuñada de Jacinta. Ahora ella estaba a cargo de los cuatro hijos de Jacinta, el mayor tenía diez años. Jacinta nunca les dijo adiós, ni les contó acerca de sus planes, y se sentían tan desconsolados que de repente comenzaron a fallar en la escuela. La cuñada sugirió que tal vez Jacinta no pudo dar su nombre a las autoridades en los EE.UU. porque no hablaba español. De esto dudé—nunca he conocido a un ixil que no pueda responder preguntas básicas en español. Lo más probable era que Jacinta no quisiera dar su verdadero nombre porque era la segunda vez que la arrestaban por ingresar a los Estados Unidos. Un año antes pasó un mes en custodia

previa a ser deportada a Guatemala, y perdió los Q10,000 (\$1,300) que había dado como anticipo. Sin duda la migra le había advertido que, de ser arrestada otra vez, el castigo sería peor. Pero estaba desesperada por reunirse con su esposo en la Florida. Mientras él estaba en los EE.UU. y le mandaba dinero, ella le había sido infiel de una manera tan descarada que él lo supo. Ahora tenía tanto miedo de perder sus remesas que estaba determinada a reunirse con él en Florida, sin importar las repercusiones que esto tendría sobre sus hijos—todo esto de acuerdo a la cuñada, quien no tenía una buena opinión del juicio de Jacinta.

Después de dos meses, Jacinta todavía no aparecía en la lista de detenidos del consulado. Y sus hijos se desmoronaban. Así que le pregunté a su cuñada si debía contactar al ICE con su verdadero nombre. La cuñada le preguntó al resto de la familia y dijeron que sí. Envié una carta por correo electrónico al centro de detención donde creía que Jacinta había sido detenida en Florence, Arizona. Mi carta mencionaba a los niños y les di el nombre verdadero. Nunca hubo una respuesta, pero varias semanas después Jacinta apareció en un vuelo de deportados en la ciudad de Guatemala. Al principio ella se mostró desafiante e insistía en que se iría al norte de nuevo. Pero ahora ella y su esposo debían \$6,000 por sus primeros dos viajes al norte; un tercer viaje sumaría otros \$5,000. La última vez que pregunté por ella, todavía vivía con sus cuatro hijos y sus suegros.

El drama de la frontera, y su prerrogativa de vida y muerte, han llamado mucho la atención. Pero cruzar la frontera, que siempre resulta en una aventura algunas veces traumática, representa para los nebjenses un reto menor que el pagar por ella—razón por la que he titulado este capítulo “Viaje Hipotecado.” A diferencia de los migrantes chinos que se contratan a sí mismos con pandillas y empleadores chinos en los EE.UU., **para** trabajar en prostíbulos, talleres clandestinos y restaurantes, y así pagar sus deudas, los migrantes guatemaltecos no firman contratos laborales con empleadores que les anticipen sus gastos de viaje. Pero deben prestar tanto que se endeudan mucho, no solo ellos mismos sino sus parientes, así que en su visión por una mejor vida pueden perder sus propiedades.² El resto de este capítulo explora la relación entre los nebjenses y las redes clandestinas que los llevan a través de México a los Estados Unidos.

Pago contra entrega

Los coyotes mexicanos no son muy favorecidos por la prensa en los Estados Unidos. Se ganan la vida al burlarse de la migra. Cuando ocupan los titulares, normalmente es porque sus estrategias para evadir la ley los han llevado a hacer daño o a causar la muerte de sus “pollos,” es decir, sus clientes. Aun así la mayoría de nebjenses que contratan coyotes parece que llega a su destino. La eficiencia de los mejores coyotes es legendaria: un hombre me contó cómo, después de ser arrestado en su primer viaje a los Estados Unidos, él y sus quince acompañantes pasaron treinta y dos días en custodia antes de ser deportados. En el aeropuerto de Guatemala los esperaba Francisco Ortiz, hermano de uno de los coyotes más renombrados por estos lados, Santos Ortiz de Aguacatán. Doce días después, gracias a los buenos oficios de los hermanos Ortiz, nuestro hombre llegó sano y salvo a Homestead, Florida.

Los coyotes son un recurso invaluable para los nebjenses determinados en llegar al norte o en enviar a sus hijos. Gracias solo a los coyotes, no a los gringos inútiles como mi persona, miles de nebjenses han sido capaces de entrar a los mercados laborales estadounidenses. Consideremos los acontecimientos del 3 de julio de 2007, cuando tres

hombres armados con M-16's y una granada secuestraron a un coyote. La víctima era un huehueteco de Aguacatán, y los secuestradores—aparentemente—eran ixiles que planeaban retenerlo por un rescate. Lo ataron e hicieron marchar hacia un cañón lleno de árboles donde la policía nacional, poca en número y aferrada a sus vehículos, nunca se aventuraría. Los secuestradores fallaron en anticipar la reacción de las aldeas circunvecinas, donde la mayoría de los hombres arriba de treinta tiene experiencia militar con las patrullas de autodefensa civil, el ejército y/o la guerrilla. Alertados a través de los celulares, hombres de Salquil Grande, Tzabal, La Pista, Vipecbalam, Xepiun y Cotzal dejaron lo que estaban haciendo y descendieron al cañón—trescientos de ellos, me contaron. Cuando uno de las patrullas se topó con los secuestradores, estos dispararon en señal de advertencia, saltaron al río y escaparon.

Poco tiempo después de esto, un vehículo con hombres enmascarados que llevaban pistolas y un megáfono descendieron en la estación de policía de Nebaj. Creían que la policía tenía a los secuestradores y ellos llegaban a lincharlos. Afortunadamente la policía solo tenía al coyote rescatado, lo que incitó a un mitin espontáneo que fue grabado por Radio Ixil.

Un locutor le preguntó al coyote en español: “¿Tiene algo que decirle a la población? ¿Se percató de cuánta gente se movilizó para rescatarlo?”

El coyote respondió: “Queremos la palabra solo para agradecer a la gente. Estamos muy agradecidos con ustedes. Señores, no somos de aquí, somos de otra parte, pero gracias a ustedes por ayudar al vecino. Ellos pensamos que nosotros cargamos el dinero. Pero señores, tenemos deuda en otros lados para ayudar a esas personas aquí que son...necesitados. Señores, queremos gente trabajadores, no queremos gente huevones. Quería agradecerlo mucho, tal vez no puedo pagar su tiempo, pero Dios va a pagar.”

Hubo unos cuantos aplausos pero el siguiente discurso, por un cabecilla del mitin, suscitó vivas. De su discurso mayormente en ixil, he aquí las frases en español que capté de la grabación: “Somos hombres con huevos, es decir, no somos huevonazos, somos hombres hombres, sabemos cómo luchar. Unirnos para tener nuestra organización. Mejor que la gente aplica su propia justicia. Estamos limpiando jóvenes. Vamos a limpiar, tenemos que seguir, lucha, lucha contra los que hacen mal a sus prójimos. Llamamos a la policía y no presenta. Comencemos a organizarnos. Estamos viendo que nosotros estamos unidos. Están ganando su sueldo por el estado pero no hacen nada. Limpiemos nosotros. ¡El pueblo unido jamás será vencido!”

A pesar de este momento de solidaridad, los nebajenses tienen sentimientos encontrados acerca de los coyotes.³ Cuando una expedición no resulta bien, los migrantes y los inversionistas decepcionados acusan a los coyotes de haberlos estafado. Consideremos la siguiente demanda presentada ante el juzgado de primera instancia en Nebaj en 2006 por la viuda Juana Brito Gallego:

El 3 de octubre, estos señores [dos ixiles llamados Miguel y Francisco] se aprovecharon y engañaron a mi menor hijo de nombre Raúl González Brito, de dieciséis años de edad, para que se fuera trabajar a los Estados Unidos de Norteamérica, le ofrecieron trabajo fácil en los Estados Unidos y él por su minoría de edad y falta de experiencia, aceptó dicha propuesta. Sin embargo estos señores luego me pidieron un documento de terreno de mi propiedad ubicado en el lugar llamado Vi A' cerca del Cantón Las Violetas y sin mi consentimiento me llevaron ante un abogado y me obligaron a poner mi huella digital en un documento que hicieron sin que yo sepa su contenido, primero porque no

puedo leer ni escribir y segundo porque tampoco me explicaron de qué se trataba el contenido de dicho documento.

Desde el día tres de octubre, fecha en que salió mi hijo rumbo a los Estados Unidos ellos me están cobrando diez mil quetzales más el diez por ciento de intereses mensuales. Pero la verdad es que en ningún momento me entregaron un solo centavo en la mano, ni a mi hijo, y no sé porque nos cobran un dinero que no hemos recibido, lo cual lo considero como un robo o estafa, y cuando me pregunto a ellos del paradero de mi hijo, ellos solo me responden que él ya está en los Estados Unidos y me piden más dinero u otro documento más, dicen que para sacar un préstamo en el Banco a mi nombre. Y cuando les insisto sobre mi hijo me amenazan de matarme o causarme algún daño y a mi familia. La semana pasada casualmente me llamó una señora que se identificó como trabajadora de migración y me informó que mi hijo Raúl González Brito en estos momentos está detenido por la migración de los Estados Unidos y que en un plazo de tres meses será deportado a Guatemala. Mientras estos señores me están pidiendo más dinero u otro documento de algún bien inmueble.

Cuando conocí a Raúl un año después en 2007, tenía dieciocho años pero pasaba por quince. Estaba otra vez en su casa con su mamá, cuatro hermanos más jóvenes y su abuela. Vivían todos juntos en una choza en la ladera de un cerro. El papá de los tres muchachos mayores murió de una enfermedad; el papá de los dos más jóvenes se fue. Cuando niño, Raúl iba a las fincas con su mamá a recoger café. Luego probó con el corte de caña—un trabajo despiadado para cualquiera, ya no digamos para un joven flaco como Raúl. Sin embargo aprendió a cortar tanta caña como ocho toneladas al día, por siete quetzales (poco menos que un dólar) por tonelada. Un primo le enseñó a tomar antidepresivos y analgésicos para ignorar el dolor y algo llamado Sin Sueño (aparentemente tabletas de cafeína) para ignorar su cansancio. Cuando se terminaba la cosecha, un fabricante de muebles de Nebaj lo contrató por cuarenta quetzales (cinco dólares) al día. Ese era su salario—no estaba mal para un adolescente—cuando supo de todo el dinero que se podía ganar en los Estados Unidos y de dos hombres que lo podían ayudar a llegar allí.

En contraste con la declaración de su mamá, Raúl ahora me contó, que fueron él y su mamá quienes contactaron a los coyotes. Para pagar por el viaje, su mamá presentó la escritura de su humilde vivienda. Aunque ubicada en la ladera, solo queda a quince minutos del centro del pueblo por lo que esto la hace valiosa. En el viaje de Raúl, la parte más fácil fue cruzar México. Su coyote le dio una tarjeta de identificación con el nombre de Alfredo Baudilio Orozco, para poder pasar los puestos fronterizos. Pero la frontera México-EE.UU era otro asunto. En su primer intento, cruzó el Río Grande cerca de Harlingen, Texas. Caminaron por el desierto por tres horas antes de ser interceptados por la patrulla fronteriza. Casi todos fueron capturados. Raúl escapó y logró regresar al río. Para él nadar era algo nuevo; su mochila lo jalaba y creyó que se ahogaría. Pero un coyote lo ayudó a subir a la orilla y solo perdió sus pantalones, no la vida.

La segunda vez, cruzaron el río en la oscuridad y caminaron la misma ruta, pero esta vez fue durante toda la noche. Después de dormir durante el día a la sombra de un cactus, se fueron otra vez al amparo de la noche y llegaron a un camino donde encontraron un microbús y un picop. Raúl se subió al microbús que los coyotes cargaron hasta que se llenó con treinta gentes (lo cual es difícil de creer pero he visto a los choferes de Nebaj cargar los suyos con más de veinte). El conductor salió a alta velocidad hasta que explotó una llanta, tras lo cual metió los frenos y el micro dio cuatro vueltas. Tres pasajeros murieron; la

mayoría quedó herida. A Raúl se le hinchó la cabeza y no podía ponerse de pie. Llegaron los helicópteros de la migra con reflectores y la policía local también. Raúl trató de esconderse pero un perro sabueso lo encontró y lo arrestaron junto con los demás. Él y otros cuatro fueron asignados a la policía local quien se los llevó a una sala de urgencias. Repentinamente, como a las tres o cuatro de la madrugada, soltaron a Raúl y otros dos que no presentaban heridas graves. No había ningún policía, ni de la migra, y a la edad de diecisiete, Raúl caminaba por la calle hacia su futuro en los Estados Unidos de América.

“Yo quise buscar trabajo,” me explicó Raúl, “pero estaba con un muchacho de 22 años, no de aquí en Nebaj sino de Quiché, y él empezó a llorar. Paró un carro de la policía, dijo a ellos que es guatemalteco y quiere volver a su país, y pedía a la policía que llaman a la migración. Me enoje con él, quise escapar, pero ya llegaba mucho carro de policía y de migración y no podía.” Debido a que Raúl era menor de edad, acabó en un centro juvenil. Durante los siguientes seis meses se benefició de la educación como nunca había recibido en su propio país. Se aseguraron que no tuviera ningún tatuaje, lo que indicaría que pertenecía a una mara, empero nunca les dio su verdadero nombre. En Guatemala, su mamá no poseía una clara información y se moría de la preocupación, no solo por él sino por la deuda con el coyote que podía quedarse con su choza. Una vez que Raúl recapacitó en la necesidad que tenía su mamá de recibir un ingreso, pidió que lo deportaran. Cuando me contó su historia en noviembre de 2007, ganaba un salario decente según los estándares de Nebaj. La diferencia era que todavía no habían logrado recuperar el título de su hogar. Aún temían perderlo. ¿Podía ayudarlo a regresar a los Estados Unidos?

No sé si Diego Velasco Matom era realmente el coyote más importante en el pueblo. Pudo haber sido simplemente el coyote más visible en el pueblo por sus aires de importancia y la casa de tres pisos que se elevaba por encima de las de sus vecinos. Antes de que pudiera pedirle a Diego una entrevista, de repente estaba muerto, y solo pude asistir a su funeral en la aldea donde nació. Fue el funeral más grande al que haya asistido. Al mismo tiempo sonaban tres sistemas de altoparlantes. De dos bocinas montadas en la parte de atrás de un picop sonaba una marcha fúnebre señorial pero esperanzadora. Desde la Iglesia de Dios del Evangelio Completo, cuyas paredes de bloc fueron levantadas por las generosas contribuciones de Diego, sonaba el culto de su funeral en ixil. Desde la tercera bocina se relataban la vida y obras de Diego, principalmente en español. Diego era “un buen hombre—trabajador, honrado con la gente, un buen cristiano” decía el locutor. “A los 7 fue a la Finca La Perla para cortar café con su papá. Sufrió la pobreza pero superó. A los 8 empezó a comerciar la panela. A los 12 años fue a cortar caña en la Finca Madre Tierra.” Luego se hizo comerciante de ganado. De manera curiosa, el locutor siguió repitiendo estas etapas en la carrera de Diego en lugar de avanzar a la siguiente. Nunca llegó a describir cómo Diego se convirtió en contratista, que reclutaba a los ixiles para trabajar en las fincas, y luego en coyote, que reclutaba ixiles para ir a los Estados Unidos.

El día que mataron a Diego en su casa de tres pisos a pocas cuerdas del parque de Nebaj, Radio Ixil llegó mucho antes que la policía, y la característica más impresionante de la transmisión fue el llanto desgarrador de las mujeres de Diego. Dos jóvenes llegaron en moto, preguntaron por su casa, subieron las gradas al segundo piso y le descargaron tres balas. Era mediodía, en una calle muy transitada con muchos testigos, pero nadie le diría a la policía o a la familia cómo eran los asaltantes. ¿Y si regresaban los asesinos para castigar a los delatores? Parecía que eran contratados pero, ¿quién les pagó? Nunca hallé a alguien que me diera más que una conjetura. Quizás Diego había sido muy

inflexible al obligar a alguien a vender una propiedad para pagarle una deuda. Quizás había cobrado un precio muy alto por un viaje que no salió bien. Quizás contrarió a la red de coyotes que se llevó a sus clientes.

Sin embargo, la explicación más popular eran los amoríos de Diego. Aquí también había un componente coyote. Cuando lo mataron en su casa, estaba con una nueva mujer que no era la esposa la cual vivía en la aldea. Su casera era mucho más joven que la esposa, y se decía que se la había quitado a uno de los hombres que envió al norte. Esta era la explicación que más sentido tenía para los nebajenses, con dos variantes: ya fuera que el esposo ofendido pagó porque lo mataran, o fue la segunda esposa (no la primera) quien pagó. El argumento para esta suposición final fue que, como no se encontró mucho dinero en la casa de Diego después de su muerte, la casera se lo pudo haber llevado. Un hilo común entretejía casi todas estas teorías: debía algo a alguien. Su muerte se debió a sus faltas, la premisa usual en la despiadada red chismográfica de Nebaj.

Las redes de coyotes no son fáciles de estudiar, y la investigación sobre las mismas es muy escasa. Por muchos años, el único libro en inglés fue el del cronista Ted Conover, *Coyotes*, acerca de sus desventuras al cruzar la frontera estadounidense con los trabajadores agrícolas migrantes. En la década de los noventa el sociólogo David Spener inició su trabajo de campo con los migrantes mexicanos de San Luis Potosí y otros estados del nordeste de México. Ningún otro investigador ha dedicado tanto tiempo a este tema. *Coyotaje* es una categoría mexicana más antigua que la conquista española, señala Spener, con muchas connotaciones diferentes. Tres connotaciones particularmente importantes para nosotros son, no solo cruzar la frontera clandestinamente, sino sobornar a las autoridades y colocar migrantes con patronos. Algunos estudiosos usan el término industria de la migración para referirse a este hervidero de actividad, pero Spener describe un sector empresarial muy descentralizado, en el cual las redes de ayuda mutua de generaciones de migrantes mexicanos han dado origen a redes de contratistas independientes. Debido a que estas redes nacen de parentesco, amistad y un mismo origen geográfico, puede ser muy difícil distinguir entre coyotes y sus clientes. Por eso cuando los fiscales estadounidenses acusan a los coyotes y los convencen para que den los nombres de los colaboradores, tienden a implicar a tías y tíos.⁴

Cuando observamos como este sistema funciona en Guatemala, mi principal pregunta es, cómo es que los coyotes y sus clientes desarrollan la confianza suficiente entre ellos para que esto siga adelante. En mis primeras entrevistas en Nebaj escuché historia tras historia de coyotes (o de gente que se decía que era) que estafaban a la gente ansiosa de irse al norte. Las víctimas invariablemente le pagaban al coyote con anticipación, o le daban una gran cantidad como primer pago, solo para ser abandonados antes de llegar a su destino en una mísera pensión en una extraña ciudad. El padre de un migrante le contó a Cécile Steverlynck que se habían endeudado en Q200,000 (\$26,000) por sus cinco intentos para irse al norte.⁵ Así que pagar por anticipado no les funcionó muy bien, y no sólo a los clientes, como lo señala Spener, porque crea un incentivo perverso de abandonar a los clientes a la primera señal de dificultad, cuyas repercusiones luego disminuyen el flujo de nuevos clientes.⁶ Por otro lado, si el migrante paga solo después de llegar al norte, en realidad, ¿qué lo obliga a cumplir con su compromiso financiero? De pronto escuchaba yo a los prestamistas de Nebaj lamentarse de todos los que les debían, porque una vez llegaban a los Estados Unidos, decían que no podían pagar y dejaban de contestar las llamadas.

Además, si es así como los ixiles tratan a los miembros de su propio grupo étnico, a quienes seguirán viendo en encuentros sociales, ¿cómo es que los traficantes y migrantes de

diferentes grupos étnicos y países llegan a ser socios confiables? Los coyotes de Nebaj entregan sus clientes a los coyotes huehuetecos, quienes a su vez entregan sus clientes a los coyotes mexicanos en el estado de Chiapas, quienes los pasan por México hasta entregarlos a los coyotes, quienes se encargan de cruzarlos por la frontera estadounidense, y quienes los entregan a los coyotes que dirigen las casas refugio en Phoenix. Solo hasta que llegan a las casas refugio es que la red obtiene el pago final. ¿Por medio de qué milagro son los \$5,000 de cada migrante de Nebaj repartidos de manera equitativa y confiable entre tantos socios a lo largo de un trayecto de 2,414 km?

La etnografía de David Spener sobre las redes de coyotes mexicanos esclarece esta pregunta. Se refiere a su característica fundamental como “pago contra entrega”, que encaja en la manera cómo los nebajenses describen sus arreglos. Evidentemente pago contra entrega lo inventaron los mexicanos que se lo transmitieron a los huehuetecos que se lo han transmitido a los nebajenses, y con los años ha evolucionado en un aparato formidable para movilizar migrantes no autorizados al norte. La pregunta es, si los coyotes siempre están en peligro de ser arrestados, de otras interrupciones imprevistas y si siempre están forzados a improvisar, ¿cómo es que sostienen las complicadas relaciones necesarias para llevar a sus clientes a los Estados Unidos? ¿A través de la violencia y amenaza de violencia? No, por lo menos no cuando Spener realizó su investigación (antes de 2006) y dónde la llevó a cabo (por la frontera con Texas). Por lo menos, allí, las autoridades estadounidenses rara vez les encontraron armas a los coyotes capturados; la violencia estilo Hollywood era atípica.

La única manera que estos astutos transgresores de la ley tienen éxito en lo que hacen, argumenta Spener convincentemente, es confiar entre ellos mismos. Los coyotes deben confiar uno en el otro y deben también establecer confianza con sus clientes. El término académico más popular para confianza es “capital social.” Las redes de coyotes que tienen éxito abundan en confianza y capital social, que de acuerdo con Spener procede de cuatro fuentes diferentes:

1. Altruismo hacia la familia y amigos;
2. Solidaridad con los paisanos ante amenazas externas;
3. Reciprocidad con los paisanos, a la expectativa que el favor será devuelto; y
4. Una confianza obligatoria que se hará cumplir, esto es, miedo a la estigma y pérdida financiera si las obligaciones contractuales se quebrantan.

¿Cómo hacer cumplir la confianza en una industria descentralizada y clandestina? Si los coyotes victimizan a sus clientes y socios, señala Spener, contratarán a otro coyote para el próximo viaje al norte. Si los migrantes no pagan lo que deben, en el futuro los coyotes no ayudarán a sus parientes a viajar al norte. Y en cuanto a los coyotes que dirigen las casas refugio en tierra estadounidense, si se ponen muy mano dura, pueden denunciarlos a la policía local o a la patrulla fronteriza—lo que hacen los ciudadanos americanos y residentes legales cuando acusan a los coyotes por secuestrar a sus parientes por un rescate, lo cual prepara el escenario para una acusación de tráfico de humanos.⁷

En Guatemala, los municipios más experimentados en los departamentos de Huehuetenango y San Marcos están desarrollando sus propias redes de tráfico. En San Juan Ixcoy, por ejemplo, a los migrantes se les dice que viajen juntos en grupos, de quince a veinticinco a la vez, y que crucen México sin coyotes. Si lo hacen así, ellos mismos se hacen cargo de las mordidas con la policía, su propia navegación y su propio transporte, lo

que significa que se han convertido en sus propios coyotes. Al contrario, los nebajenses, continúan dependiendo totalmente de los traficantes de otros pueblos. Ya nadie paga el total del viaje por anticipado. El pago por adelantado es Q10,000 o Q15,000.

Pero el sistema de pago contra entrega no protege a los nebajenses de pagar por viajes fallidos, costo que no recuperarán a menos que corran el riesgo y la deuda de otro viaje al norte. A muchos nebajenses los han arrestado y deportado después de abandonar la casa de seguridad pero antes de cancelar la deuda.⁸ Otros se van a la quiebra al confiar en una red de coyotes que los traiciona, al aprovechar las oportunidades de extorsión en la frontera estadounidense.

Consideremos la suerte de Mateo, un chofer experimentado en sus treinta y tantos años. A excepción de los recorridos del bus los fines de semana (Q50 o \$6.40 al día), sus opciones son manejar un tuk-tuk (Q40 al día) y robar leña (Q20 por carga si logra escaparse; si no, le quitan el hacha). En diciembre de 2009, Mateo se fue al norte con un coyote ixil muy conocido en la aldea de Cambalám quien lo entregó a los traficantes huehuetecos de Soloma. Para pasar por México, los coyotes le enseñaron a hablar como mexicano y a cantar el himno nacional de México; le dieron también una tarjeta de identificación con una foto que se asemejaba a él. Cruzar el desierto desde Altar de Sonora se convirtió en una pesadilla. El guía era un guatemalteco del Departamento de San Marcos; sin importar qué ruta escogiera, siempre se topaban con la patrulla fronteriza. En la cuarta noche el guía abandonó a Mateo y compañía, quienes sobrevivieron solo al encontrar un tendido eléctrico y seguirlo hasta toparse con la migra. No sólo Mateo le había dado al coyote de Cambalám los Q10,000 por adelantado, sino que en Altar un miembro de la misma red le sacó otros Q25,000. Después de ser deportado a Guatemala, el coyote de Cambalám lo culpó de tonto, le alegó que también él había pagado por el viaje y le demandó que le repusiera lo pagado. Ahora él y una tía no podían pagar las cuotas de un préstamo de Q35,000 y estaban en peligro de perder dos parcelas de tierra.

Para los guatemaltecos y otros extranjeros, cruzar la frontera de Arizona entre 2007 a 2012 ha sido una proposición más peligrosa que para los mexicanos fue cruzar la frontera de Texas en periodos anteriores. Cuando David Spener realizó su investigación antes de 2006, el tráfico humano y el tráfico de drogas eran dos negocios separados, aún si contratistas independientes de bajo nivel se contrataban a sí mismos para llevar a cabo las dos clases de operaciones.⁹ Desde entonces la frontera se ha vuelto más violenta debido a la intensificación de conflictos por el control del comercio de la droga. Los carteles mexicanos participan en secuestros masivos y extorsiones de migrantes. En una ocasión mataron a setenta y dos migrantes por rehusarse a pagar, y en otras ocasiones casi a doscientos más, solo en el pueblo de San Fernando, Tamaulipas, con la complicidad de hombres en uniformes de policías.¹⁰ Infortunadamente, la red social de un pueblo chico que presiona a los coyotes mexicanos a comportarse con respeto hacia sus propios migrantes implica que los migrantes de otros lados sean un blanco fácil. Cuando los nebajenses informan que han sido secuestrados o extorsionados por redes de coyotes rivales, una posibilidad es que sea por cuentas pendientes de viajes anteriores.

¿En Nebaj quiénes precisamente son los coyotes?

Para los nebajenses todo aquel que se involucra en mandar gente al norte es un coyote. He podido identificar únicamente a un nebajense quien personalmente ha llevado clientes

por todo el recorrido hasta los Estados Unidos.¹¹ De otra manera, los coyotes de Nebaj se limitan a reclutar gente para viajar al norte, arreglan los préstamos que necesitan pagar por el mismo y los juntan para la primera etapa. Generalmente, los coyotes de Nebaj trabajan con huehuetecos del vecino municipio de Aguacatán, pero también con huehuetecos de Soloma y de la ciudad de Huehuetenango, y en ocasiones del departamento de Quetzaltenango. Diego Velasco Matom era un coyote porque reclutaba migrantes para coyotes huehuetecos y arreglaba los préstamos que pagaban por el viaje. En el lenguaje local era un enganchador y prestamista, pero no un contrabandista o traficante.

No puedo decir que Diego Velasco Matom era un coyote neabajense típico porque los coyotes que he conocido no encajan en una sola generalización. Entrevisté un coyote que resultó ser un pastor evangélico, otro que repara zapatos, otro que vende refacciones desde una carreta frente a los tribunales, y otro cuya casa está pintada con lemas de organizaciones de solidaridad españolas. Otro que es coordinador de una cooperativa que se apropió de la cuenta bancaria de su grupo para prestarles a los migrantes (ahora es un ex coordinador). Otros coyotes son dueños de tiendas y tejedores de cintura. En total, he entrevistado treinta y un gentes a quienes los neabajenses identifican como coyotes, aunque algunas de las entrevistas fueron breves. Todos son neabajenses a excepción de un cotzaleño; todos son ixiles a excepción de dos ladinos y dos k'iche's. Veintiún son hombres y diez son mujeres e incluyen dos parejas de casados, y una madre y su hijo. Como los conocí a ellos a través de contactos personales, no son una muestra representativa. Diecisiete de los treinta y uno estuvieron de acuerdo en hablarme cuando me acompañaba mi traductor Jacinto Pérez, aunque todos hablaban suficiente español por lo que él solo tuvo que intervenir ocasionalmente.

¿Cómo esta diversidad de gente se convirtió en coyotes? Sus historias sugieren cuatro diferentes vías hacia este negocio:

1. Al trabajar como contratista para las fincas guatemaltecas, como lo hizo Diego Velasco Matom. Hasta la guerra contratar mano de obra en Nebaj era un negocio dominado por ladinos, no todos tenían buena reputación, ni todos sobrevivieron a la llegada del Ejército Guerrillero de los Pobres. Hoy día casi todos los contratistas son indígenas.
2. Al ser reclutado por coyotes fuera de Nebaj que perciben que uno podrá ser un intermediario listo y persuasivo—así es como varias mujeres del mercado se han convertido en coyotes.
3. Al regresar de trabajar en el norte con la idea de que la manera más fácil de hacer dinero es enviar a otros, comenzando con sus propios hijos y sobrinos, y seguir con los vecinos.
4. Al explotar las ganancias potenciales de los migrantes al prestarles dinero a altas tasas de interés.

La escala de operaciones de los treinta y un coyotes que he entrevistado varía ampliamente, desde enviar unos cuantos migrantes al año hasta decenas al mes. Ninguno opera a la escala de Santos Ortiz de Aguacatán, quien supuestamente envió hasta cien migrantes al mes durante los años pico del 2003 al 2006. Pero varios de los entrevistados se hallaban entre los reclutadores y prestamistas que alimentaban esa operación. Los reclutadores no necesitan capital, solo sagacidad en ventas, y pueden ser más andrajosos que sus clientes. Por ejemplo, el único cotzaleño en mi muestra, me contó que pasó dos años como un *sheetrockero* (colocador de tabla yeso) en Orlando, Florida. Como solo

encontraba trabajo tres días a la semana, se fue para Texas. Un policía lo paró por alta velocidad y lo arrestó por manejar sin licencia. Su deportación le costó un carro de \$6,000 y una computadora de \$1,500. Ahora estaba de regreso en Cotzal, reparando zapatos en una choza, pero todavía debía la mitad de su deuda de dos años antes, a un interés mensual del 10%. ¿Por qué no había cambiado la deuda a un préstamo bancario de menor interés? Porque él y su papá no poseían ningún bien inmueble que pudieran utilizar como garantía. Aun así, anunciaban por la radio evangélica de Cotzal viajes, trabajos y salarios americanos, aunque su propia situación difícilmente era una buena propaganda.

Al juzgar de los coyotes que pude entrevistar, la filial local de la profesión no alcanza los niveles de destreza que sus socios en la frontera mexicana-estadounidense. Los coyotes de Nebaj tienden a ser más novicios que veteranos, y unos cuantos carecen de perspicacia y suerte que, en lugar de ganar dinero, han perdido propiedades. De los treinta y un coyotes de mi muestra, tan solo cinco de los hombres y tres de las mujeres poseen experiencia personal en los Estados Unidos. Pero estos ocho fueron de los primeros migrantes y han llegado a ser una inspiración para muchos otros. Siete de los ocho regresaron a Nebaj después de estar pocos años en el norte, aduciendo a la necesidad de cuidar de sus familias y en la creencia que podían ganar más dinero al enviar a sus parientes y vecinos. No se ven a sí mismos como explotadores porque, desde su perspectiva, les están dando a sus clientes la oportunidad de su vida. Si los migrantes fracasan, es por su propia culpa.

Un migrante que se convirtió en prestamista me contó: “Les digo, ir a los Estados Unidos no es ir a pasear. Es ir a trabajar. Es para mandar dinero a la familia. Si uno va allá para pasear, vuelve sin dinero y la familia aquí sufre. ¿Para qué? No es para borrachos. Lo que pasa es que la cerveza es solo nueve dólares la caja, es muy barata, y caen en el vicio. Después no llega el lunes. Si no llega otro lunes, están mandados [despedidos]. Y pasan a otra compañía. Pasa la misma otra vez, ya están en la computadora [como una lista negra] y no consiguen empleo. Mis reglas son—que no vaya a los bares, ni a los bailes.”

Ahora veamos el caso de Manuel quien no heredó tierra de sus padres. Durante la guerra, sus hermanos se aprovecharon de su ausencia para quitarle su parte de la herencia. La única forma como podía sostener a su esposa e hijos era pasando la mayor parte del año en la costa cortando caña. Se fue a los Estados Unidos en 2000. Su primer empleo fue limpiar el aceite de los telares en una fábrica de textiles en Ashford, Carolina del Norte, por \$250 a la semana. Aunque Manuel es un tipo fuerte y determinado, a sus cuarenta años le resultaba muy difícil encorvarse y gatear por debajo de la maquinaria. Su siguiente trabajo fue en un rastro, el cual también era agobiante para lo que ganaba, un poco más del salario mínimo. Para escapar de las fábricas, Manuel se trasladó a Homestead pero solo duró cuatro meses; no aguantó el calor y la humedad. Su próxima parada fue en una planta procesadora de pollo en Columbia, Carolina del Sur, por dos años y medio, hasta que encontró un puesto en los supermercados coreanos cerca de Washington, D.C., por \$460 a la semana. Cinco años después seguía trabajando para la misma empresa, con el mismo salario, de 8 am a 8 pm, seis días a la semana.

Como se comunicaba constantemente con su esposa, Manuel ha podido construir una buena casa, comprar dos tuk-tuk y tierra para cultivar, y costear la educación secundaria de sus hijos. Pero nunca ha estado sin deuda, y su esfuerzo para pagarla ha generado más deuda. Para ganar más rápido que los \$6.38 la hora que le pagaban los coreanos, por ejemplo, Manuel invirtió Q120,000 (\$15,000) para traer a su esposa y dos

hijos a los Estados Unidos. Un hijo se perdió en el desierto y cayó en las manos de la migra. Debido a que era menor de edad, las autoridades se lo entregaron a Manuel bajo supervisión de la corte—la corte nunca registró su estatus de ilegal. El otro hijo escarbaba en un contenedor de basurera detrás de una tienda cuando llamó la atención de un helicóptero de la policía del cual huyó—y así se produjo un segundo arresto pero que no resultó en su deportación. La esposa de Manuel pudo trabajar por un tiempo pero se enfermó. Para poder pagar por su tratamiento médico regresó a Guatemala, así también los dos hijos porque no encontraron suficiente trabajo.

Mientras tanto, Manuel también reclutaba a otros nebajenses para irse al norte y les prestaba dinero. Pero también le salió el tiro por la culata. Un amigo de Manuel, Alfonso, estaba tan entusiasmado con el prospecto de ganar sueldos en dólares que no solo envió a un hijo sino a tres. Se fueron a vivir con Manuel, quien los cuidaba, pero tampoco les fue bien en el mercado laboral de 2007. Al hijo mayor le tomó siete meses encontrar un empleo estable. Al hijo de en medio le tomó tres meses. El hijo menor se fue a trabajar con un migrante quien le robó parte de sus salarios. Este hijo menor estaba más interesado en su adolescencia que en trabajar por lo que regresó a Guatemala sin pagar su deuda y comenzó a tomar mucho. A estas alturas Alfonso ya estaba bien preocupado por el inmenso préstamo que le debía a Manuel, a un interés de 10% mensual. Para evitar la bancarrota canceló su deuda con Manuel por medio de otro enorme préstamo de \$22,000 de Banrural al 2% de interés mensual, esta vez asegurado con el título de su casa. El préstamo de Banrural le costará a él y a sus hijos \$450 al mes por diez años, para un gran total de \$54,000. Si estos dos hijos se quedan en los Estados Unidos, si se mantienen fieles al proyecto familiar y si continúan así por diez años, Alfonso no perderá su casa. En 2008, Alfonso se enojaba mucho con Manuel por haberlo metido en esta trampa. Cuatro años más tarde, felizmente, sus dos hijos seguían trabajando duro en el norte, y pensaba que todo saldría bien.

Al mismo tiempo, Manuel y su esposa lamentaban sus inversiones en la industria coyote. Sus últimos préstamos, cada uno de Q45,000 (\$5,700) a cinco migrantes a un interés del 5% mensual, no habían salido bien. Los cinco se encontraban ahora en los Estados Unidos, y los cinco afirmaban que no podían encontrar trabajo. Una tenía la excusa que había tenido bebé, una obligación familiar que posponía la deuda a un futuro indefinido. En Nebaj, la esposa de Manuel luchaba para enfrentar tres préstamos de diferentes instituciones financieras de Nebaj a las que les debían \$1,500 mensuales—equivalente a casi todo el sueldo de Manuel. Necesitaba que alguien viniera al norte inmediatamente para ayudarlo a ganar más dinero, pero de todas las manos disponibles en Nebaj, o estaban cuidando a recién nacidos o asistían a la escuela. Hasta 2012, tengo el agrado de informar que los dos hijos de Manuel siguen trabajando en los Estados Unidos, y el mismo Manuel finalmente está de vuelta en Nebaj para un merecido descanso.

Por años, la confianza capacitó a los coyotes y a sus clientes a inyectar migrantes no autorizados a los Estados Unidos, pero este capital social se evaporó en el caso de Manuel y Alfonso. Su apremiante situación demuestra cómo las obligaciones de parentesco y amistad se ven afectadas por el peso de la deuda migratoria. En el fondo, la confianza de uno en el otro depende de la factibilidad del modelo de su negocio—esto es, lograr que sus hijos encuentren suficiente trabajo para pagar los grandes préstamos necesarios para ubicarlos en el norte. Pero, no eran los únicos que sufrían los altibajos del ciclo laboral migratorio. Desde el momento en que comencé a conocer a los coyotes de Nebaj en 2007, la mayoría se quejaba de lo difícil que era cobrarle a sus prestatarios. Luis es uno de los

prestamistas más conocidos del pueblo. Así como la mayoría, nunca ha ido a los Estados Unidos, ni siquiera a México. En cambio, la partida de su papá y hermanos a Ohio fue lo que lo introdujo en la industria del coyote. Joven, carismático y listo—el cerebro de la familia—Luis se quedó atrás para manejar las remesas, las cuales decidió apalancar al invertir en préstamos para los vecinos que deseaban unírseles a su papá y hermanos. Parecía que le iba tan bien que otra gente le pidió que también invirtiera sus ahorros. A sus inversionistas les pagó 5% al mes y a sus prestatarios les cobró 6 o 7% mensual (o así me dijo—10% es la norma). Y así Luis se convirtió en un vendedor de boletos para el tren clandestino que moviliza a miles de nebjenses al norte. Unió prestamistas con prestatarios que se iban al norte y a coyotes que supuestamente posibilitarían a un número creciente de nebjenses a encontrar empleos en Ohio. Así es cómo la densa conectividad social de un pueblo indígena llegó a ser una empresa comercial.

Aun en 2007, cuando el horizonte estadounidense todavía no se empañaba, Luis me contó acerca de todos los riesgos que enfrentaba. La mayoría de coyotes nebjenses parecen ser los socios aprendices de los huehuetecos, pero Luis dijo que enviaba a sus clientes a una red mexicana que los pasaba por México. Después negoció con otra red mexicana para que sus clientes cruzaran la frontera estadounidense. El inconveniente fue que los mexicanos que pasaban a sus clientes a través de México le demandaron el pago aun si el siguiente grupo de mexicanos fracasaba en pasar a los migrantes a través de la frontera estadounidense. Por lo tanto, su problema más serio parecía ser cuando la migra encarcelaba a sus prestatarios. Algunos de sus clientes se asustaban tanto por el mes o dos de detención que no querían volver a probar, pero los gastos en que Luis había incurrido a beneficio de ellos ya había superado el pago por anticipado. “Si el muchacho está devuelto a Guatemala y ya no quiere seguir, hablo con él sobre su compromiso,” Luis me contó. “Pero si no quiere intentar otra vez, yo pierdo lo que gasté para él. Esto es un compromiso, le digo, que no puede llegar allá para chupar o caer en otro vicio como las drogas, que hay que pagar su préstamo.”

Luis ya había descubierto otro problema con el sueño americano. La facilidad con que un migrante sinvergüenza puede librarse de sus compromisos financieros en Nebaj. “Llegan allá y empiezan chupar. O llegan allá y no manda dinero. O el valor de la propiedad en el papel que me dio es menos que el valor de la deuda. Puede ser una propiedad chueco que vale dos mil quetzales. Entonces, mejor no pagar la deuda y dejar la propiedad.”

Pregunté: ¿Presionaba Diego Velasco Matom a los deudores vagos antes de que lo mataran? Luis no lo sabía, pero sí recordaba una conversación final con Diego precisamente sobre este asunto. “¿Cómo están los negocios?”, se preguntaron. Rápidamente la conversación cambió a las deudas y cómo hacer que los migrantes los respetaran. La gente que no puede pagar, que está a punto de perder su propiedad, necesitan ser tratados con consideración, me dijo Luis. “Hay algunos prestamistas que imponen su plazo y mandan a la gente—hagan esto, hagan aquello. No puede actuar así.” Él mismo ya se estaba acostumbrando a recibir amenazas, así que era importante tratar a los prestatarios que se atrasaban con guantes de seda.

¿Podría llevar al juzgado a los que no pagan? Sí, me dijo, podría porque tiene un abogado que elabora los contratos para sus préstamos con propiedades como garantía. Pero el fiscal del juzgado podría no darle importancia al contrato, o el título de la propiedad podría ser falso, o la tierra que representa podría no tener ningún valor, lo que vendría a ser otra fuga financiera.

Entonces pregunté: ¿Por qué no inspeccionar la propiedad antes de otorgar el préstamo? “Tal vez si está cerca del pueblo,” Luis contestó, “pero normalmente es arriba en alguna montaña. Si uno va allá y regresa es un día perdido; estaría buscando por todos lados.” Así que aprendió que podía operar solamente en base a la confianza. Sin una relación personal, ya sea por una larga amistad o a través de terceros de igual confianza, uno termina engañado. En cierto caso, Luis pasó a ser dueño de una propiedad por falta de pago, pero solo para que le dijeran: “Si vas allá, ya no regresás. Te machetearán.” Así, si los prestatarios no pueden pagar, Luis me explicó: “Hay que razonar con la gente y buscar una salida. Algunos he llevado al banco para ayudarles cumplir los requisitos para sacar un préstamo. Pagan su deuda conmigo y queda con una deuda al banco a una tasa de interés más baja.”

Esa era la teoría. Sin embargo, a falta de una garantía sólida, la misma supuesta confianza que posibilita a los prestamistas a usar sus conexiones personales para extraer las remesas de sus prestatarios, también podría facilitarle al prestatario que la tortilla se le voltee al prestamista. Cuando busqué a Luis otra vez en 2009 y 2010 se había retirado detrás de una imponente pared de bloc que rodeaba su nueva casa a la orilla del pueblo. Parecía que nunca estaba en su casa y se decía que pasaba mucho tiempo con su ganado en el Ixcán, a dos días de camino desde la zona ixil. Un pariente me contó: “Sí, debe mucho. Me dijo que debe millón y medio, o medio millón, o millón (\$128,000) a Banrural y tiene que pagar Q25,000 (\$3,200) el mes. Pero no tiene miedo, dice que va a pagar.”

Luis no era el único coyote del que escuché pronósticos de pérdidas y fracasos aun en 2007. Una mañana, gracias a mi traductor Jacinto Pérez, conocí a un hombre ixil que rehusó darme su nombre pero sin lugar a dudas era un coyote. Llegaba a los cuarenta años, menudo pero delgado y erguido, con una mirada directa que sugería que estaba acostumbrado a evaluar de manera franca el material humano delante de él. Como Luis y muchos coyotes que entrevisté, dijo que no tenía que reclutar a nadie porque los migrantes lo buscaban. “Es un viaje con muchos riesgos, con muchos peligros”, recurre a su advertencia acostumbrada. “Puede perder o ganar. Si uno pierde, puede perder casa, terreno, familia—se puede perder todo. Sí, se puede salir más pobre. Si uno gana, gana un trabajo a buen sueldo, puede construir casa o comprar carro.” Aseguró que solo 30% [sic] lograba cruzar la frontera. Como otros coyotes, afirmaba que compartía el riesgo: “Si el emigrante no llega, pierde todo el dinero. Pero el que presta el dinero, para que el emigrante paga el viaje, él pierde también, porque no tiene amparo de ley. Solo es [contrato] verbal. Perdimos también cuando no logran entrar [los Estados Unidos], porque en todo caso tenemos que pagar a los mexicanos.”

Quién se beneficia y quién no

El fracaso económico es un tema frecuente en Nebaj. Al igual que el éxito, es fácil encontrar ejemplos. Los casos más visibles son quedarse tumbado inconsciente a pocos pasos de las cantinas donde venden trago, las cuales han proliferado tanto como las iglesias evangélicas. Normalmente son hombres, haraposos con piel mugrienta; sus parientes se han cansado de la tarea infructuosa de persuadirlos de irse a casa si tienen una; y su incapacidad de trabajar los reduce a limosnear. El diagnóstico local es que han sucumbido al vicio. Pero si el alcoholismo es la explicación popular más fácil del fracaso económico, también este puede ocurrir de otras maneras, a través de un accidente que lo incapacite para

trabajar, o al tratar y fracasar en obtener un empleo en el norte, o solamente por prestar dinero y quedar endeudado. El fracaso económico es menos obvio que el éxito económico o la última etapa del alcoholismo, pero se encuentra por todas partes.

Algunos de los más desafortunados en el nuevo Nebaj son los exguerrilleros—no los cuadros políticos que han podido estudiar, o que al menos poseen habilidades de persuasión, y que tienen las conexiones para coordinar proyectos de ayuda y buscar puestos, sino los combatientes que, mientras estaban en las montañas, fueron desposeídos de la escasa tierra de sus padres. Pedro López Chel se unió a los guerrilleros en 1979 a la edad de diecisiete. Primero, sirvió con el frente Ho Chi Minh en la zona ixil y luego con el frente Ernesto Che Guevara en Huehuetenango. Después de doce años como combatiente, se fue a un campo de refugiados en México antes de volver a Nebaj en 1995 con otros retornados. Mientras que se encontraba en las montañas peleando por una Guatemala mejor, sus nueve hermanos repartieron las 300 cuerdas del papá (13.4 hectáreas). A él le tocaron ocho cuerdas de tierra empinada (.35 hectáreas). Junto con su esposa y tres hijos, vive en el patio de uno de sus hermanos en una estructura que carece de cuatro paredes, de las que cuelga chamarras para guardarse del frío nocturno. A parte de cultivar sus ocho cuerdas, trabaja como peón por Q35 (\$4.50) al día. Algunas veces también labora para una asociación que reúne a los padres con los hijos separados por el conflicto. No sólo no tiene dinero para irse al norte, sino que no tiene ninguna garantía que ofrecer para prestar e irse al norte.

Este capítulo demuestra cómo el asunto de la frontera lleva al asunto de los coyotes, y cómo el asunto de los coyotes lleva al asunto de la deuda. La deuda es el mensaje entre líneas de cada conversación acerca de irse al norte. Los migrantes que fracasan son más fáciles de encontrar que los prestamistas que fracasan. Consideremos a Ricardo, a quien realmente le da mucha vergüenza por su tiempo en los Estados Unidos. La única razón por la que accedió a hablarme es porque conozco a su papá desde hace años. Su primer trabajo fue en Gallatin, Tennessee, cerca de Nashville, donde trabajó en los viveros cultivando flores. Ganaba \$7.50 la hora y trabajó muchas horas extras que no le pagaron. Pero lo peor era la competencia por los puestos. Aparecían muchos migrantes, dijo Ricardo, y él era categorizado con ellos. De los gringos que conoció, 5 o 10% lo trataron como ser humano; el resto actuaba como racista. En esto no eran los únicos. A muchos mexicanos no les gustaban los guatemaltecos, y a muchos guatemaltecos no les gustaban los salvadoreños.

Según Ricardo, la mayoría de sus amigos que se habían ido al norte habían aprendido la misma lección que él—que las oportunidades de empleo son tan limitadas, y el salario tan poco, que el esfuerzo para pagar por el viaje y enviar dinero a la familia es brutal. Pero sus amigos parten con grandes esperanzas, algunas veces por encima de la oposición de mamás y esposas, y muchos continúan allí, porque cuando regresan a su país no tendrán mucho que mostrar del viaje. Serán etiquetados como fracasados. Marcharse con ilusiones y regresar sin ellas no es ninguna defensa contra el desprecio de sus iguales quienes todavía creen en el gran sueño de irse al norte. En el caso de Ricardo, su análisis sociológico de por qué le fue mal no le impide culparse. ¿Por qué fracasó él si otros tienen éxito?

“Nuestra mente viaja,” una mujer llamada Candelaria me explicó. “Un dólar equivale a siete quetzales, supera el dinero de Guatemala. Pensamos que la vida en Estados Unidos es muy distinto que aquí, que es más cómodo, pero no es así. La vida allá es solo trabajar. El que no trabaja, no come. El trabajo allá es pura explotación. Allá personas como yo no tenemos calificación, nuestros estudios no importan. Tengo una amiga

salvadoreña, una mujer muy cristiana de El Salvador, en su propio país trabajaba como secretaria y, me dijo, cuando se fue a limpiar baño, lloraba. No hubo otra cosa porque no hablaba inglés. Allá el inglés es todo.”

Candelaria se fue a los Estados Unidos con su hermano. Después de dos meses encontró trabajo cerca de Washington, D.C. y cuando lo hizo fue “pura explotación.” Ganaba trescientos dólares a la semana que le pagaba en efectivo una mujer llamada Missy, quien la colocó en un horario agotador para limpiar casas y le estafaba sus salarios. Seis meses después, la mamá de Candelaria se enfermó y tuvo que volver a su país con una deuda de Q25,000 (\$3,200) por el viaje.

Comencé a cuestionar, ¿qué pasa si el norte no beneficia a la mayoría de los nebjenses que se van? No es fácil para los nebjenses debatir el poder adquisitivo de las remesas, pero muchos critican el costo social. Adán, el pionero que cité al inicio del capítulo 3, se ha convertido en un buen estudiante del sueño nebjense y de por qué les va mal. “Es característica del migrante que uno espera que su pueblo queda lo mismo mientras uno está en el exterior,” me contó. “Pero no es así. Pasa con mis amigos. Salieron de aquí hace siete años y siguen preguntando por la novia, porque piensan que aquí queda todo congelado. Hay mucha gente en contra de los migrantes, porque no tienen nadie en los Estados Unidos y por eso su economía [su poder adquisitivo] es limitada.

“Una señora de aquí pide comprar un terreno y el dueño le dice que el precio es Q80,000 (\$10,260). La señora [habla de su plan con] una amiga y la amiga lo menciona a su hijo que está en Estados Unidos. Él le aconseja ofrecer Q100 o Q120,000. Los migrantes se están repitiendo la misma situación que las instituciones de ayuda. Hemos contribuido a que los precios aquí queden elevados. Si una señora tiene marido en los Estados Unidos, paga Q2,000 o Q3,000 (\$385) por un huipil. Vienen mucha gente de afuera y critican a las mujeres de aquí por abandonar su traje y su cultura. Si un güipil cuesta Q2,000 a 3,000, ¿qué es que la mujer de aquí [sin marido en Estados Unidos] puede hacer? ¿Andar en buena güipil o comer? Por supuesto tiene que comer. Es mucho más barato ir a las pacas y comprar una buena blusa allí.”

Francisco Marroquín Velasco es peculiar al no tener nada bueno que decir del norte. La razón puede ser que dirige la asociación más exitosa de desarrollo campesino en Nebaj. “Es un desastre cuando todos los jóvenes van a los Estados Unidos,” me dijo esto con su habitual determinación. A Francisco no le gusta lidiar con aldeas que aparentemente están constituidas totalmente por mujeres, y no le gusta ver a familias amargadas porque quizás un joven nunca regrese. “Cuando hay generación de empleo, la gente se ve muy positivo aun si hay efectos negativos en el largo plazo. No quiero que se quedan allá. Va a quedar como un vicio allá, con la cultura de allá, y los valores de la comunidad se destruyen. Si los jóvenes quedan allí, si casan y tienen hijos allá, entonces la gente aquí van a pensar que la vida allí es mejor.

“No vemos todo lo que pasa. Es una epidemia incontrolable. Mucha gente han vuelto y dicho que ya no hay trabajo. Hay tiempos en cual hay trabajo, y hay otros tiempos en que no hay trabajo. Están parados por una semana, por la ladera de la calle pidiendo un chance. Rompe con la familia, los papas se meten en deuda y a veces no tienen capacidad de pagar la deuda y tienen que vender lo poco que tienen, y los jóvenes que van allá entren en vicios. Algunos mueren, otros caen en vicio, otros vuelven con deudas que no pueden pagar. Llega momento en cual el emigrante desvincula de su familia y la mujer busca otro hombre.”

Esta ambivalencia que escucho de los neabajenses también la expresan los k'iche's del sur del departamento de Quiché. En 2007, la antropóloga Patricia Foxen recolectó historias de vida en una aldea llamada Tuluché, que apoyó al Ejército Guerrillero de los Pobres a principios de la década de los años ochenta y sufrió tres masacres por parte del ejército. Aun después que los sobrevivientes fueron sometidos, se unieron contra un líder homicida de las patrullas de autodefensa civil y finalmente lograron mandarlo a prisión. En el proceso de paz de la década de los noventa, Tuluché consiguió la titulación de su tierra, pero el costo de la vida ha subido, los campesinos se sienten más pobres que antes, y los ancianos se han desmoralizado por la urgencia de las nuevas generaciones de irse al norte. Muchas de las entrevistas de Foxen estaban plagadas de “discusiones desesperadas acerca de la juventud k'iche', quienes (sus papás afirman) dicen no creer que sucedió un genocidio, o no quieren hablar del mismo, y están más preocupados en irse a los Estados Unidos y adquirir bienes materiales, por lo que las familias se fragmentan más y abandonan las normas de la comunidad por una cultura global más materialista.” Un anciano tuluché ilustra el “triste vacío entre las generaciones,” al lamentarse así: “La juventud hoy... no quieren aprender de nuestra pobreza, uno trata de que lleguen a una reunión donde se hablará de estas cosas pero no llegan... Lo que les interesa son los vicios, los celulares, las televisiones y las motos.”

Foxen ha pasado años estudiando el flujo migratorio desde este rincón del departamento de Quiché a la capital de Rhode Island. “En búsqueda de Providencia”, para citar el título de su libro, ha tenido muchas repercusiones allí en Tuluché: hay envidias, chismes y brujería sobre quién exactamente recibirá y controlará las remesas. En una cabecera municipal cerca de Tuluché, el precio de la tierra ha aumentado hasta Q50,000 la cuerda (.044 hectáreas); en los caseríos ha aumentado hasta quinientas veces más que el precio de inicios de la década de los ochenta. A finales de la década de los noventa, el viaje al norte costaba entre \$3,000 y \$4,000, que los hombres prestaban de prestamistas ladinos hasta con un 20% de interés mensual. Fácilmente las familias en su país quedaban en una condición precaria.¹²

En una comparación de varias poblaciones guatemaltecas, Matthew Taylor, Michelle Moran-Taylor y Deborah Rodman Ruiz han notado que los dólares producto de la migración están despojando de sus tierras a los que no reciben remesas. Esto es, los que reciben las remesas les compran la tierra a los que no reciben.¹³ Pero realmente nadie se ha enfocado en el endeudamiento hasta que Jan y Diane Rus lo señalaron en una aldea tzotzil en San Juan Chamula en el estado mexicano de Chiapas. Cuando la pareja comenzó su investigación en la aldea bajo el seudónimo de Ch'ul Osil en 1973, contaron como 690 gentes. Veinticinco años después, la población era de 1,525 sin contar otras 575 gentes que vivían en otro lado. La gente de Ch'ul Osil experimentó unos años de esperanza en la década de los noventa cuando el levantamiento zapatista provocó que el gobierno mexicano inundara el área con proyectos económicos. Pero los proyectos conllevaban grandes obligaciones políticas al estado y no detuvo la caída de su poder adquisitivo. Un siglo antes habían perdido mucha tierra a manos de los terratenientes por lo que la mayoría de los hombres de Ch'ul Osil completamente dependían ahora en migrar a cualquier otro lado para trabajar—en un inicio en las fincas y luego a las áreas urbanas donde los salarios apenas proveían subsistencia. Aún la pequeña elite empresarial de la aldea, que producía flores y vegetales como cultivo comercial, cada vez se endeudaba más.

Así que en 2001, los jóvenes de Ch'ul Osil estaban listos para unirse al flujo migratorio de mexicanos hacia los Estados Unidos. Cuatro años más tarde, cincuenta y

siete migrantes enviaban remesas a cuarenta y cinco hogares que en total sumaban hasta 756,000 pesos de ingresos (o \$69,000, a once pesos por dólar). Pero, ¿cómo se distribuía este ingreso? En más del 80% de hogares en Ch'ul Osil no hubo ingresos por remesas directas desde los Estados Unidos. De los que sí fueron a los Estados Unidos, una deuda típica por el costo de ser ingresado clandestinamente en los Estados Unidos era 18,000 pesos (\$1,600). Más del 60% de los préstamos eran a un 10% de interés mensual, otro 25% de los préstamos eran al 5% de interés mensual. Pagar los préstamos era una batalla cuesta arriba que bien les podría tomar varios años y costarles tres veces más que la suma original.

Al juzgar por las tasas de interés que cobraban, en 2005 los mozos de Ch'ul Osil en los EE.UU. estaban pagando tanto como 54,000 pesos (\$4,900) al mes solo de interés—del total de remesas enviadas a sus hogares de 43,000 a 63,000 pesos al mes. Por consiguiente, la mayor parte del dinero ganado en los Estados Unidos fluía a diez prestamistas, y la mayor parte de eso solo a tres. Los beneficiarios más obvios de la migración a los Estados Unidos eran los prestamistas y dos coyotes que pronto se hacían de nuevas casas, nuevos carros y—en un caso—una segunda esposa que le daba más imagen. Una vez que las familias se liberaban de la deuda, usaban sus remesas para prestar dinero a los vecinos que no las recibían quienes, cuando no podían pagar, les entregaban su tierra. Gracias a las deudas y a las remesas, la migración a los Estados Unidos actuaba como una maquinaria que concentraba la tierra en algunas familias y se las quitaba a otras.

Esta no es la primera vez que las remesas son desenmascaradas en el acto de estratificar una población de envío en México—esto es, distinguir una sola clase de propietarios de minifundios en terratenientes e inquilinos. Los antropólogos han informado acerca de este fenómeno por más de treinta años. Sobre Las Ánimas, Zacatecas, Richard Mines informó que las tierras que compran los migrantes llevan a “una inflación extraordinaria”, que excluye a “todos del mercado de bienes raíces de la aldea menos a aquellos con un salario en dólares.”

En Guadalupe, Michoacán, Joshua Reichert encontró que casi dos tercios del arrendamiento de la tierra se basaban en las remesas de los Estados Unidos. La inflación en bienes raíces pone a los que no emigran, y aún a los migrantes ilegales, en una “desventaja competitiva” ante los hombres que han alcanzado un estatus legal en los Estados Unidos. Sesenta por ciento de la tierra local era propiedad de ochenta y dos familias de migrantes que componían solo el 18% de la población. En lugar de realizar mejoras productivas, la mayoría de los dueños ausentes alquilaban su tierra, y se la pasaban a aparceros o la usaban para pastar ganado.

En Acuitzio, Michoacán, informa Raymond Wiest, la tensión entre migrantes y no migrantes se intensificaba hasta el punto de llegar a las armas. Las remesas convertían a los migrantes en terratenientes ausentes a expensas de los vecinos que se convertían en aparceros. Wiest adopta un término acuñado por Reichert y sostiene que “el síndrome migratorio” perpetuaba la dependencia porque los remitentes “ganan considerablemente más que lo que podrían ganar en México, deben continuar emigrando para sostener un estándar de vida más alto, y tienen patrones de consumo que induce a otros a migrar.” En tales pueblos, el cronista Sam Quinonez observa que existe una “cultura de partida” en la cual “la gente se va por necesidad económica, pero irse también se convierte en una cultura.”¹⁴ Un símbolo, muy visible en las laderas de Huehuetenango pero no tanto en la zona ixil, son las grandes casas vacías en cuya construcción los migrantes derraman sus remesas y a las cuales muchos de ellos nunca regresarán.¹⁵

Respecto a cuáles hombres ganan de la corriente migratoria, y cuáles no lo hacen, una cuestión fundamental es si hay suficiente demanda por su mano de obra cuando llegan a los Estados Unidos—una variable que puede cambiar rápidamente. Consideremos la síntesis de Jan y Diane Rus de la experiencia en Ch’ul Osil desde su investigación en 2005.

Si paga o no depende mucho del momento histórico. Muchos de los hombres de Ch’ul que llegaron [a los Estados Unidos] antes de 2004-2005 al final les fue bien. Los que llegaron más tarde, atravesando una frontera más rigurosa y por ende gastando más, y especialmente cuando el trabajo realmente cesó después de 2007, no les fue nada bien. La migración ocurre en un contexto histórico muy cambiante. Los hombres que conozco que vinieron en la década de los noventa y a inicios de la década de 2000 en general estaban muy contentos con su experiencia en los EE.UU. Hasta hablaban acerca de que era una sorpresa encontrarse con la policía—y hasta con agentes de migración (la migra) —quienes los trataban con honestidad. Aquellos que todavía estaban aquí en 2007 y más tarde hablaban de estar hambrientos, de dormir bajo puentes y de hombres blancos que les tiraban cosas desde sus picops.¹⁶

La mayor parte de la investigación sobre la migración de indocumentados se enfoca en pueblos del norte de México que han estado enviando sus jóvenes por generaciones a laborar en la agricultura de estadounidense. Los migrantes de estos pueblos se encontraban justamente en la posición correcta para beneficiarse de la amnistía en la Ley de Control y Reforma de Inmigración de 1986. Desde entonces, han usado su residencia legal para lograr su ciudadanía y traer a sus parientes y vecinos—algunos legalmente, otros no.¹⁷ Gracias a dos décadas de discretas pero esenciales ventajas legales para estas poblaciones de envío, muchas de sus odiseas migratorias pueden contarse con un final feliz.

Pero la buena fortuna para los mexicanos y otros amnistiados por la Ley de Control y Reforma de Inmigración de 1986 ha estimulado a otras dos tendencias a las que nos referiremos en el capítulo 8. Primero, los receptores de esta amnistía más emprendedores han subido a la clase media al convertirse en empleadores de los migrantes más recientes. Pero en segundo lugar, los nuevos llegados estimulados por la amnistía de esta ley han hecho que los salarios bajen para los migrantes. Es aquí donde se encuentran muchos de los neabajenses. Como muchas otras corrientes migratorias del centro y sur de México, Guatemala y Honduras, han llegado demasiado tarde para calificar para esta amnistía. Algunos hallan buenos empleadores que les pagan buenos sueldos; muchos no. ¿Cómo los retos que los neabajenses enfrentan en los Estados Unidos han repercutido en sus hogares de origen? es el tema de los siguientes tres capítulos.

¹En Acul, la aldea de Antonio, dos muchachas que estaban embarazadas lo señalaron como el padre. Con la ayuda de su familia, envié fotografías y muestras de cabello al Centro de Ciencias Forenses de la Oficina del Médico Forense, Condado de Pima, en Tucson,

Arizona. Esta morgue recibe cientos de cadáveres de las rutas que cruzan la frontera al sur de Tucson. También es conocida por sus esfuerzos en identificar los restos. En este caso, el centro no logró encontrar una coincidencia. En 2011 la mamá de Antonio oyó chismes que Antonio había sido visto en Miami. Supuestamente estaba tomando (para los nebjenses una explicación suficiente de fracaso) pero se identificó y dijo que no se comunicaba con su familia porque “para ellos ya estoy muerto.” No pude rastrear el chisme porque la gente que lo regó dijo que sus familiares allá tenían miedo de dar sus números telefónicos y ser deportados.

Algunos nebjenses en los EE.UU. simplemente desaparecen, y una posible explicación es que ven sus deudas como imposibles de pagar. Dado que algunos prestamistas perdonarán el interés si el migrante muere, la decisión de un joven de dejar de comunicarse con su familia podría decirse que está en la misma categoría del suicidio altruista para cobrar un seguro de vida. Pero cortar todo contacto también significa abandonar una obligación financiera. En otro caso que todavía no he logrado resolver, un prestamista fracasado de Nebaj envió un hijo al norte en un intento desesperado por recuperar su solvencia. Otro hijo se había ido antes solo para pelearse con otros migrantes y ser deportado. En junio de 2010, el joven telefoneó a su papá para decirle que le enviaría dinero en el día del padre. Pero, ya no volvió a llamar para darles el código que se necesita para recoger la remesa. Cuando sus papás llamaron a su celular, les contestó otro joven ixil desconocido quien les dijo que no sabía nada. Dos años después el hijo aún no se había comunicado; la policía local no ha identificado ningún cadáver que coincida con la descripción del hijo. El único chisme que pude obtener fue que el hijo vivía en Alexandria, Virginia y que chupaba.

² Cf. Sarah Mahler (1995:78) que utiliza el término “precio-vida” y Ruth Gomberg-Muñoz (2011:54) que anota que el resultado es “parecido a un sirviente endeudado.”

³ Durante una conversación un anciano ixil explotó: “Quitan casa, quitan terreno, dejando a los pobres gentes sin nada. Y cuando llegan a los EE.UU. están detenidos por la Migración. ¿Por qué es que los EE.UU. no arrestan a los coyotes? Yo leo *Prensa Libre* todos los días y nunca he leído una noticia de sí. ¿Por qué es que no viene a Aguacatán para investiga? Todo la hormiguero está allá.” Tuve que explicarle que los EE.UU. no tienen soberanía en Aguacatán.

⁴ Spener 2009:90–91,145–6,154, 171.

⁵ Steverlynck 2003:46.

⁶ Por años los nebjenses fueron victimizados antes de lograr arreglos confiables para irse furtivamente a los EE.UU. Alrededor de 2001 las cooperativas del Departamento de Quiché—organizadas por activistas católicas, reprimidas durante la violencia y crónicamente en bancarrota—acogieron a un guatemalteco imponente quien se decía ser contratista para reclutar mozos temporales para el sector agrícola desde California hasta Florida. Con él todo sería legal; cada trabajador conseguiría una visa y se iría a los EE.UU. sentado dignamente en un avión. En una única reunión asistieron doscientas gentes y muchas de ellas entregaron sus documentos personales y Q3,500 como cuota de solicitante. Ninguno de ellos se fue porque era un fraude.

Por años escuché acerca de maquinaciones para sonsacar visas de turista de la embajada estadounidense. En un caso alrededor de 2002, un ladino de Antigua llamado Elwyn ofreció obtener invitaciones de los Estados Unidos a cambio de Q4,000 de anticipo y otros Q45,000 una vez que les dieran la visa. El argumento a la embajada probablemente

era que los nebjenses harían un recorrido como delegación cultural y/o de los derechos humanos. Ocho gentes se unieron al complot y realmente llegaron a los Estados Unidos, incluso mi fuente, pero el siguiente grupo no; perdió sus pagos anticipados.

Pagar por anticipado era una abierta invitación a ser engañado. Una mujer que de esta manera quedó en bancarrota fue doña Elena, un ama de casa que en octubre de 2006 conoció a un atractivo extranjero llamado señor Jesús. El señor Jesús dijo que venía de España. Su acento no era guatemalteco; parecía gringo pero era de baja estatura y calvo. Tenía un buen carro; un asistente k'iche' de Almolonga, Quetzaltenango; y una ama de llaves de Cotzal con quien vivía en una casa alquilada. El señor Jesús tenía dos propuestas para Elena y otros clientes ixiles. Primero, si le daban Q100,000, él les devolvería Q500,000. Segundo, se los llevaría a los Estados Unidos. En el caso de Elena, se llevaría a dos sobrinas y dos hijas a los Estados Unidos en avión, sin someterlas a los peligros de caminar por el desierto. Aunque las cuatro eran muchachas de aldea sin mucha educación o experiencia fuera de la casa, por casualidad Jesús tenía un hermano y una hermana en los Estados Unidos que les encontrarían una casa y trabajo, probablemente en agricultura.

Para enviar a sus dos sobrinas y a sus dos hijas al norte, Elena le entregó al señor Jesús Q200,000 (\$25,600), más de lo que ella esperaba ganar el resto de su vida. ¿De dónde sacó tanto dinero? El k'iche' de Almolonga la ayudó a convertir en garantía la única tierra que poseía por un préstamo de Banrural de Q50,000. El resto Elena lo prestó de amigos y prestamistas. Cuando el señor Jesús recibió el dinero, lo puso entre sus dedos pulgares, lo besó y se lo presentó al santo de su casa—una imagen de Cristo tamaño mesa llevando la cruz. El señor Jesús le dijo que regresaría a Nebaj el 9 de noviembre para llevarse a las muchachas. Elena y sus muchachas esperaron todo el día de noviembre 9, luego el 10, el 11 y el 12, y por supuesto él nunca regresó. ¿Por qué no fue al juzgado a poner una demanda? El único documento con el que contaba era el convenio de pago por el préstamo con Banrural. No tenía ningún recibo firmado por Jesús, ni idea de su apellido o ubicación.

⁷ Spener 2009:180,186,189.

⁸ Jacinto de Paz lucha por sostener a su esposa y cinco hijos en dieciocho cuerdas de tierra (.8 hectáreas) que son muy empinadas como para poder sembrar algo. En 2009 un huehueteco que se veía muy próspero en su picop le prometió un empleo en el norte. “Voy a conseguir su trabajo”, le dijo a Jacinto. Después de atravesar todo México y el desierto, Jacinto pasó tres días en una casa de seguridad en Phoenix. Después que él y otros cinco hombres del Departamento de Quiché pagaron por su viaje, el mexicano a cargo de la casa de seguridad los llevó a una avenida comercial muy transitada y les dijo que regresaría. Nunca lo hizo. Después de cuatro horas, su situación apremiante (sin dinero, ni comida, ni dirección) atrajo la atención de la migra. Los hombres le dijeron a los oficiales exactamente quiénes eran y en unos cuantos días estaban de vuelta en Guatemala. Jacinto no sabe ni el nombre, ni el pueblo del huehueteco que se llevó su dinero. Todo lo que tiene es un número telefónico que nadie contesta. Ahora debe Q2,100 cada mes por los próximos dos años y medio a una cooperativa de ahorro y préstamo. No hay forma que él pueda ganar más que la mitad de esta cantidad, no le da dinero a su mujer para gastos, sus hijos están hambrientos, y cada día le cobran Q20 en multas por pagos atrasados. Parece que perderá su casa. Unos días antes que Jacinto me contara sobre su crítica situación, otro huehueteco se encontraba en el parque central y les decía a él y a sus amigos que los podía llevar a los Estados Unidos en doce días y colocarlos en una empresa.

⁹ Spener 2009:145–46,156–58.

¹⁰ Randal C. Archibold, “Victims of Massacre in Mexico Said to be Migrants”, *New York Times* 25 de agosto 2010 y Jason Beaubien, “Drug Cartels Prey on Migrants Crossing Mexico”, National Public Radio, 7 de julio 2011. La Comisión Nacional en Derechos Humanos de México calcula que algunos 20,000 migrantes, principalmente de Centro América, son secuestrados y retenidos por un rescate cada año (Fernández de Castro 2012).

¹¹ Pedro Ricardo Santiago Raymundo (1968-2010) era un excombatiente del EGP. Durante sus temporadas en México, en la década de los ochenta y noventa, aprendió a pasarse como mexicano.

¹² Foxen 2010:77-78 y Foxen 2007:98, 100, 138, 147–50.

¹³ Taylor, Moran-Taylor y Rodman Ruiz 2006:58–9.

¹⁴ Rus and Rus 2008, Mines 1981:128–9, Reichert 1981:61, Wiest 1984:123,129,132, and Quinones 2007:11,205.

¹⁵ Cf., Fletcher 1999.

¹⁶ Comunicación personal, junio 6, 2011. Para el debate sobre el impacto de las remesas en México rural, ver Massey et al 1987:236-41, Binford 2003, la respuesta de Binford por Cohen, Jones y Conway 2005, Cohen 2004, y Heyman et al 2009. Para el impacto de remesas enviadas por trabajadores huéspedes con visa H-2 en Jamaica así como de México, ver Griffith 2006. Para el caso asombroso de Intipucá, El Salvador, la mayoría de los cuales se ha reubicado en Washington, D.C., ver Villacrés 2009. Para un análisis perceptivo de cómo la proletarianización en los EE.UU. apoya los patrones de consumo de la clase media en Centro América, que confunde a todos los concernientes respecto a su clase social, ver Baker-Cristales 2004 y Schmalzbauer 2008.

¹⁷ Nevins 2002:169, Griffith 2005:55–56, Valentine 2005:9–13, Castañeda 2007:29, y Rodríguez 2007:239.